

A LA DERIVA

No tuvimos muchas dudas acerca de por quién empezar: ese hombre no dejaba de lloriquear y de quejarse; además estaba gordo y rebosante de grasa y su carne podría alimentarnos durante varios días.

Ahora no recuerdo de quién partió la idea en un principio, pero sí que no lo discutimos mucho. Naturalmente que hubo algo de debate moral, religioso, humanista. Alguna palabra altisonante, algún grito, alguna amenaza. Tampoco somos unos animales o unos salvajes sin escrúpulos. Pero lo cierto es que, perdidos en medio del océano y hacinados a bordo de un bote salvavidas, al tercer día sin comida ni bebida ves las cosas de otra manera y olvidas un poco quién eres. O más bien olvidas quién fuiste y te conviertes en quien verdaderamente eres, en quien la sociedad civilizada no te ha permitido mostrarte hasta ahora. Ese sol abrasador, ese rumor de olas sin fin, ese aire impregnado de salitre, terminan percutiendo en tu cerebro. El hambre y la sed hacen el resto y te encuentras por fin con tu verdadero yo, lobo o cordero, superviviente o sobrevivido, presa o depredador. Toda una terapia completa sin tener que pagar a un viejo académico con gafas de pasta por tumbarse en su diván a contarle con qué soñaste la noche anterior o qué relación tienes con tu madre.

Al final aquellas discusiones primitivas quedaron en un simple debate de índole práctica: quién y cómo. Para el quién hubo pocas dudas, ya lo hemos dicho. Digamos que sólo hubo un voto en contra. El cómo lo solventó rápidamente el marinero somalí de piel curtida en mil tempestades y alma de cazador. De un certero tajo con un hierro oxidado desgarró su cuello y se puso a beber su sangre ahí mismo. Su sed y hambre se calmaron de inmediato y pronto las de los demás, venciendo nuestras iniciales reticencias con sorprendente facilidad. Solo nos faltó una buena botella de Chardonnay del 98.

La destreza y determinación del somalí fueron también su condena: aterraba la facilidad en su toma de decisiones y la frialdad con que las ejecutaba. Estaba demasiado flaco como para ser aprovechable, así que lo tiramos por la borda mientras dormía, por miedo a lo que él nos pudiera hacer más adelante. Claro que se defendió, de hecho las profundas heridas que infligió al pasajero italiano con ese hierro oxidado colocaron a éste como siguiente candidato. Estaba medio moribundo, había perdido bastante sangre así que no esperamos mucho, de otra manera nos habría servido de poco, la carne rápidamente se pudría bajo ese calor sofocante. Debo decir que yo no hubiera seguido después con los dos niños. No sé por qué: por pudor, por lástima, por residuos de una educación ñoña y mojigata... pero no nos engañemos: su carne resultó muy tierna y jugosa, y dieron pocos problemas.

Habíamos comenzado por lo fácil, con ese gordo baboso, después nos movió el miedo, más tarde la comodidad, finalmente la gula. No nos planteábamos ningún dilema: cuando se acababan o se volvían incomedibles los restos de un naufrago, los que quedábamos enseguida nos poníamos de acuerdo con el siguiente plato. Alguna madrugada nos sorprendimos con la falta de algún pasajero, que seguramente aprovechó la oscuridad de la noche para lanzarse al agua con el fin de evitar así formar parte de nuestra dieta de superviviente. Siempre ha habido egoístas.

Se inició una larga retahíla de cuerpos sin nombre, un rosario de noches de insomnio, noches en las que nadie se atrevía a dormir para no acabar devorado por el resto. De manera inexorable el tiempo fue pasando hasta que al final quedamos solo nosotros tres. Y con solo una mirada entre Dimitri y yo nos entendimos perfectamente y nos abalanzamos sobre José Alberto, el camarero cubano. Lástima, siempre me había caído bien, cantaba como los ángeles y mantenía el buen humor incluso entre comidas.

Entonces quedamos únicamente Dimitri y yo, sentados cada uno en extremos opuestos del bote, insomnes, alertas, ambos creyendo saber quien sería el siguiente. Estábamos tan concentrados que quizá por eso no comprendimos al principio el significado de esas gaviotas que revoloteaban alrededor del bote tratando de rapiñar algún resto de José Alberto. Pero sí, esas gaviotas eran el heraldo de nuestra salvación, porque anunciaban la presencia cercana de tierra firme o de algún barco próximo.

Y resultó que se trataba de un pequeño velero en viaje de placer, tripulado por una familia formada por un matrimonio y sus dos hijas adolescentes, quienes al vernos viraron raudos en nuestra dirección para socorrernos de nuestra miseria y desventuras.

Fueron nuestros salvadores. También nuestra cena.

Y ahora estamos otra vez Dimitri y yo solos, a bordo esta vez de un lujoso velero en vez de un cochambroso bote. Abandonados a la deriva de nuestros instintos más íntimos y atávicos. ¿Quién es el lobo y quién el cordero? ¿Quién la víctima y quién el verdugo? ¿Quién el que derrote finalmente a un destino fallido? ¿Quién el que sacie su hambre de milenios e imponga su verdadera naturaleza de hombre renacido?

Maldición, se me cierran los párpados, demasiadas noches en vela, no resisto más al sueño...

Fernando Méndez Germain
Primer Premio de Relato Breve
VI Certamen Literario *Universidad Popular de Almansa*